

labios que podrían libertar la música prisionera, está la nada!

¿Tendrán sus miembros la sensación de una melodía, pues que así se agitan, y somos los demás los que nos damos cuenta de su mutilación o es ésta un engaño de nuestros ojos?

¡Cómo deseaba yo, Sr. Tournebroche, que también vuestro maestro formara parte de la visión y mientras paseábamos por entre la hilera de faunos sin cabeza, me explicara su pensar sobre ellos. Aunque bien me sé que esa boca en la que parece haberse congelado ha tiempos una sonrisa de inteligente desprecio, no puede tener las palabras cálidas que necesito para soportar la angustia que tal idea produce en mi ánimo.

Y ahora doy vueltas a esta perogrullada: he observado que los mejores frutos de los árboles del camino no son para todos los viajeros que lo transitan, ya porque unos pasan de noche y no los ven, ya porque muchos de los que pasan de día y llevan los ojos abiertos, no los ven tampoco.

Decid: ¿creéis que existe una misteriosa relación entre flauta y labios?

Ya veis, la simple caída de una manzana hizo concebir a Newton su ley de la atracción universal. Tan sencillo motivo sacó de la flauta este acorde maravilloso. Su instrumento

no encontró el vacío; todo estaba listo para arrancar tan sublime armonía, todo.

¿Qué haremos los faunos decapitados? Porque habéis de saber que habemos seres que sentimos el vacío que existe allí donde debería estar nuestra cabeza.

Y la visión pasó, pero me he quedado suspenso de esta idea de la impotencia vistiendo un anhelo, como suspendido de una espina, sin que mi torpeza logre mellar su punta.

Os saluda y os pide perdón

JUAN SILVESTRE.

P. D.—He de contaros, señor Tournebroche que después de escrita esta carta, hablé con un teósofo sobre la visión de mis descabezados flautistas y me contestó con la piadosa mirada característica en estos seres, mirada que parece descender de un belvedere:

—¿Qué sabe Ud.? En cada uno de ellos se empolla un poeta, un filósofo, etcétera. Ese deseo que a Ud. apena, los incuba. En esta existencia tienen la flauta y no tienen la cabeza, pero en el futuro tendrán cabeza y flauta.

Y os confieso, señor Tournebroche, que me sentí ligeramente consolado.

1919.

do». —«¿Y la política de Estado?» —interrogó María Teresa. —«¿Está ella acaso por encima de la religión?» Con esta inesperada respuesta la Emperatriz determinó postergar la partida de la Archiduquesa. Luego al otorgarle su venía le exigió una visita a las tumbas de sus antepasados, entre las cuales estaba reciente la de una Princesa muerta de viruelas. Despidióse la Archiduquesa de sus amigos y parientes consciente de que sucedería: se contagió y murió de viruelas.

Y en pocas líneas describe la Princesa Lamballe aquella omnipotente influencia de Madame de Pompadour, la negociación del matrimonio de María Antonieta con el Delfín, la muerte de la poderosa amante de Luis XV y el arribo de la Du Barry. Todo esto en la extensión de pocas páginas. Pero con cuánta seguridad de juicio, con qué penetración de los designios de los intrigantes; como si los viese con los ojos de una generación más tarde.

Con cuán feliz ironía relata las relaciones del Delfín y de su esposa durante aquella larga época de frialdad que precedió a la consumación del matrimonio, demorada así por la natural indiferencia del real consorte como por las influencias de sus tías y finalmente por la villana intriga donjuanesca de Luis XV. Con qué amargo sarcasmo castiga las modas de la época imaginadas para esconder las ligerezas y los infortunados accidentes de las damas de la Corte en rotación nuevemesina de astronómica precisión. ¡Se ve arder el terciopelo de la carne de la Du Barry bajo el hierro candente que le aplica la Princesa! ¡Con qué robusta aguja de acero pirograba el carácter del Cardenal Príncipe de Rohan y la procesión de sus traidoras intrigas, infiel a su Rey y desleal a la Emperatriz de Austria, cuyos intereses declaraba servir!

Narra con la pluma de Saint Simon y la maestría de concisión de Tácito. Veis las escenas y se os quedan en los ojos fúlgidos los rasgos de las figuras centrales. Sabe montar la belleza de un sentimiento entre los hilos de su relato como el orfebre monta zafiros en sus filigranas. Vedlo: En las afueras de París, donde los pobres sufren de hambre y de frío, la reina María Antonieta que no deja de correr en su alivio se encuentra con la Princesa de Lamballe. ¡«Cielos—le dice—¡cuánto deben sufrir los pobres. Ando abrigada como un diamante en su estuche, cubierta de pieles y sin embargo estoy helada de frío!» ¡El frío del dolor y la desnudez ajenos!

Hay en estas *Memorias* páginas que parecen desolladas, tan vivas y nerviosas son.

Se apoya uno como en lanza de



## Memorias de la Princesa de Lamballe

POR R. BRENES MESEN

**H**AY vidas que se deslizan como las aguas de las alegres fuentes: cantando y corriendo, mientras en su seno se reflejan los paisajes de las orillas y las islas de las nubes, todo lo pasajero, sin lograr aprisionar en la diáfana movilidad de las ondas siempre transeuntes, ni el triángulo de una ala ni el punto de una estrella.

Pero la vida de esta mujer cuyas *Memorias* voy leyendo o posee aguas diversas o ellas corren sobre un fondo sensibilizado que detiene en su desfile las imágenes para examinarlas luego con los ojos de las Gracias y el entendimiento de las Sibilas: es la Princesa de Lamballe.

Las *Memorias* se abren con un cuadro de la política ambiciosa de María Teresa, Emperatriz de Austria. Si de este calculador y cruel carácter nada

supieseis bastaría la lectura de las primeras cuatro páginas para que os quedase una vívida visión de su alma ambiciosa y terrible. En esta Emperatriz la mujer de Estado ahogó los sentimientos de la madre; antepuso lo que juzgó la conveniencia del Estado y la grandeza de su dinastía a los instintos simplemente femeninos y maternales. Y fuera bien esto pues que la salud del Estado impone esa conducta. Pero qué crueldad la suya para alcanzar sus fines. Cuando la Archiduquesa Josefa casó, por poder, con el rey de Nápoles, su madre, sondeando el ánimo de la hija, le preguntó cuál sería su colaboración en favor de los designios imperiales, una vez instalada en la corte de Nápoles. «Dice la Escritura—le respondió—que cuando una mujer se casa, pertenece al país de su mari-